

euenten conmigo para todo, para todo, aunque sea para llevar la bandera del batallón. De veras te digo, Andresillo, que es gran lástima no tener mejores murallas, y un General menos amarillo y con algunos dedos más de talla.»

Yo me reía con las cosas de la señora Sumta, mujer tan amable como entrometida, y lejos de enojarme sus barrabasadas, nos causaban sumo gusto á Siseta y á mí, mayormente al ver que en sus visitas el ama de gobierno de D. Pablo Nomdedeu no bajaba nunca sin traer algún condumio para los huérfanos. A eso de las nueve se despidió para regresar á su alojamiento, y entonces nos dijo:

«Ya la señorita ha de estar acostada. El señor acaba de entrar, y ahora estará escribiendo su *Diario de todos los días*, uno al modo de libro de coro, donde va apuntando lo que le pasa. ¡Ay! el amo confía que la niña se curará, y yo, sin ser médico, digo y aseguro que si alarga hasta que caigan las hojas, será mucho alargar... Ahora estamos empeñados en hacerle creer que la semana que viene iremos á Castellá. Sí, ¡buena temporada de campo nos espera! Bombas y más bombas. La niña no se ha de enterar de nada, y el amo dice que aunque arda la ciudad toda y caigan á pedazos las casas, Josefina no lo ha de conocer. Pues digo, si los *cerdos* aprietan el cerco, como se cuenta, y escasean los víveres... Pero el amo tampoco quiere que la niña comprenda que escasean las vituallas.

Si tenemos hambre, capaz es mi señor Don Pablo de cortarse un brazo y aderezar un guisote con él, haciendo creer á la enferma que tenemos aquel día pierna de carnero. Bueno va, bueno va. Adiós, Siseta; adiós, Andrés.»

Cuando nos quedamos solos dije á mi futuro, mirando á los getitos:

«Sálvense los tres infantes de España. Si hay hambre en Gerona, la carne de gato dicen que no es mala. ¡Ay, Siseta de mi corazón! ¡Cuándo nos veremos fuera de estas murallas! ¡Cuándo se acabará esta maldita guerra! ¡Cuándo estaremos tú y yo con los muchachos, Pichota y sus niños, camino de la Almunia de Doña Godina! ¿Estará de Dios que no nos sentaremos á la sombra de mis olivos mirando á las ramas para ver cómo va cuajando la aceituna?»

Hablando de este modo, me engolfaba en tristes presagios; pero Siseta, con sus observaciones impregnadas de sentimiento cristiano, daba cierta serenidad celeste á mi espíritu.

V

El 13 de Junio, si no estoy trascordado, rompieron los franceses el fuego contra la plaza, después de intimar la rendición por medio de un parlamentario. Estaba yo en la Torre

de San Narciso, junto al barranco de Galligans, y oí la contestación de D. Mariano, el cual dijo que recibiría á metrallazos á todo francés que en adelante volviese con embajadas.

Estuvieron arrojando bombas hasta el día 25, y quisieron asaltar las torres de San Luis y San Narciso, que destrozaron completamente, obligándonos á abandonarlas el 19. También se apoderaron del barrio de Pedret, que está sobre la carretera de Francia, y entonces dispuso el Gobernador una salida para impedir que levantasen allí batería. Pero exceptuando la salida y la defensa de aquellas dos torres, no hubo hechos de armas de gran importancia hasta principios de Julio, cuando los dos ejércitos principiaron á disputarse rabiamente la posesión de Montjuich. Los franceses confiaban en que con este castillo lo tendrían todo. ¿Creerán ustedes que sólo había dentro del recinto nuevecientos hombres, que mandaba D. Guillermo Nash? Los imperiales habían levantado varias baterías, entre ellas una con veinte piezas de gran calibre, y sin cesar arrojaban bombas á los del castillo, que rechazaron los asaltos con obuses cargados con balas de fusil. Por cuatro veces se echaron los *cerdos* encima, hasta que en la última dijeron «ya no más,» y se retiraron, dejando sobre aquellas peñas la bicoca de dos mil hombres entre muertos y heridos. No puedo apropiarme ni una parte mínima de la gloria de esta defensa, porque la estuve presenciando tranquilamente desde la Torre Gironella.

En todo el mes de Julio siguieron los franceses haciendo obras para aproximarse á la plaza, y viendo que no la podían tomar á viva fuerza, ponían su empeño en impedir que nos entraran víveres. De este plan comenzaron á resentirse los ya alarmados estómagos.

En casa de Siseta, sin reinar la abundancia, no se pasaba mal, y con lo que yo les llevaba, unido á los frecuentes regalos del señor D. Pablo Nomdedeu, iban tirando los desdichados habitantes de la cerrajería. Verdad que yo me quedaba los más de los días mirando al cielo para darles á ellos lo mío; pero el militar con un bocado aquí y otro allí se mantiene, sostenido también por el espíritu, que toma su substancia no sé de dónde. Yo tenía un placer inmenso al retirarme á descansar unas cuantas horas ó simplemente unos cuantos minutos, en ver cómo trabajaba Siseta en su casa, arreglando por puro instinto y nativo genio doméstico aquello que no tenía arreglo posible. Los platos rotos eran objeto de una escrupulosa y diaria revisión, y la vajilla más perfecta no habría sido puesta con mejor orden ni con tan brillante aparato. En las alacenas, donde no había nada que comer, mil chirimbolos de loza y lata, que fueron en sus buenos tiempos bandejas, escudillas, soperas y jarros, aguardaban los manjares á que los destinó el artífice, y los muebles desvencijados que apenas servían para arder en una hoguera, adquirieron inusitado lustre con el tormento de los diarios lavatorios y friegas á que la diligente muchacha los sujetaba.

«Mira, prenda mía—le decía yo,—se me figura que no vendrá ninguna visita. ¿A qué te rompes las manos contra esa caoba carcomida y ese pino apollado que no sirve ya para nada? Tampoco viene al caso la deslumbradora blancura de esas cortinas desgarradas y de esos manteles, sobre los cuales, por desgracia, no chorreará la grasa de ningún pavo asado.»

Yo me reía, y hasta aparentaba burlarme de ella; pero entre tanto una secreta satisfacción ensanchaba mi pecho, al considerar las eminentes cualidades de la que había elegido para compañera de mi existencia. Un día, después de hablar de estas cosas, subí á visitar al Sr. Nomdedeu, y encontréle sumamente inquieto al lado de su hija, que seguía leyendo el *Quijote*.

«Andrés—me dijo dulcificando su fisonomía para disimular con los ojos lo que expresaban las palabras,—principian á faltar víveres de un modo alarmante, y los franceses no dejan entrar en la plaza ni una libra de habichuelas. Yo estoy decidido á comprar todo lo que haya, á cualquier precio, para que mi hija no carezca de nada; pero si llegan á faltar los alimentos en absoluto, ¿qué haré? He reunido bastantes aves; pero dentro de un par de semanas se me concluirán. Las pobres están tan flacas que da lástimas verlas. Amigo, ya sabes que desde hoy empezamos á comer carne de caballo. ¡Bonito porvenir! Alvarez dice que no se rendirá, y ha puesto un bando amenazando con la muerte al que hable de capi-

tulación. Yo tampoco quiero que nos rindamos... de ninguna manera; pero ¿y mi hija? ¿Cómo es posible que su naturaleza resista los apuros de un bloqueo riguroso? ¿Cómo puede vivir sin alimento sano y nutritivo?»

La enfermera arrojó el libro sobre la mesa, y al ruido del golpe volvióse el padre, en cuya fisonomía ví mudarse con la mayor presteza la expresión dolorosa en afectada alegría.

En aquel momento trajo la señora Sumta la comida de la señorita, y como ésta viese un pan negro y duro, lo apartó de sí con ademán desagradable.

El padre hizo esfuerzos por reírse, y al punto escribió lo siguiente:

«¡Qué tonta eres! Este pan no es peor que el de los demás días, sino mucho mejor. Es negro porque he mandado al panadero que lo amasase con una medicina que le envié, y que te hará muchísimo provecho.»

Mientras ella leía, él trinchaba un medio pollo, mejor dicho un medio esqueleto de pollo, sobre cuya descarnada osamenta se estimaba un pellejo amarillo.

«No sé cómo la convenceré de que tiene delante un bocado apetitoso—me dijo con dolor profundo, pero cuidando de conservar la sonrisa en los labios.—¡Dios mío, no me desampares!»

La señora Sumta, detrás del sillón de la enferma, pronunció estas palabras:

«Señor, yo no quería decirlo, pero ello es preciso: de las cinco gallinas que quedaban se han muerto tres, y dos están enfermas.

—¿Es posible? ¡La Santa Virgen nos ayude! —exclamó el doctor, chupando los huesos del pollo para animar á su hija á que imitara tan meritoria abnegación. —¡Con que se han muerto! Ya lo esperaba. Dicen que todas las aves del pueblo se están muriendo. ¿Ha ido usted á la Plaza de las Coles á ver si hay alguna gallina fresca y gorda?

—No he visto más que alambres, y algunos lechuzos que dan asco.

—¡Dios me tenga de su mano! ¿Qué vamos á hacer?»

Y diciendo esto chupaba y rechupaba un hueso, saboreándolo luego con visajes de satisfacción, para ponderar de este modo á los ojos de la enferma la excelencia de aquella vianda. Pero Josefina, después de probar el seco animal, apartó el plato de sí con repugnancia. D. Pablo, sin detenerse á escribir, porque en su azoramiento y ansiedad faltábale la paciencia para recurrir á tan tardo medio, exclamó á gritos:

«¿Qué, no lo quieres? Pues está exquisito, delicioso. Algo flaco; pero ahora se usan los pollos flacos. Así lo prescribe la higiene, y los buenos cocineros jamás te ponen en el puchero un ave medianamente entrada en carnes.»

Pero Josefina no oía, como era de esperar, y cerrando los ojos con desaliento, pareció más dispuesta á dormir que á comer. En tanto D. Pablo levantábase, y paseando por el cuarto, cruzadas las manos y con expresión de terror los ojos, no se cuidaba de disimular su desesperación.

«Andrés — me dijo, — es preciso que me ayudes á buscar algo que dar á mi hija. Gallinas, patos, palomas: ¿se han concluido ya las aves de corral en Gerona?»

—Todo se ha concluido — afirmó la señora Sumta con oficiosidad. — Esta mañana, cuando fuí á la formación (pues yo pertenezco á la segunda compañía del batallón de Santa Bárbara), todos los militares se quejaban de la escasez de carnes, y la coronela Doña Luisa dijo que pronto sería preciso comer ratones.

—¡Vaya usted al demonio con sus batallones y coronelas! ¡Comer animales inmundos! No, mi pobre enferma no carecerá de alimento sano. A ver: busquen por ahí... pagaré una gallina á peso de oro.»

Luego, volviéndose á mí, me dijo:

«Cuentan que se espera un convoy de víveres en Gerona, traído por un General Blake. ¿Has oído tú algo de esto? A mí me lo dijo el mismo Intendente, D. Carlos Beramendi, aunque también me manifestó que dudaba pudiera llegar felizmente aquí. Parece que están en Olot con dos mil acémilas, y todo se ha combinado para que salga de aquí D. Blas de Fournás con alguna fuerza, con objeto de distraer á los franceses. ¡Oh, si esto ocurriera pronto y nos llegara harina fresca y alguna carne!... Si no, dudo que nos escapemos de una horrorosa epidemia, porque los malos alimentos traen consigo mil dolencias que se agravan y se comunican con la insalubridad de un recinto estrecho y lleno de inmundicias. ¡Dios mío! Yo no quiero nada para mí: me contentaré con to-

mar en la calle un hueso crudo de los que se arrojan á los perros, y roerlo; pero que no falte á mi inocente y desgraciada enfermita un pedazo de pan de trigo y una hila de carne... Andrés, ¡si vieras qué malos ratos paso en el hospital! El Gobernador ha mandado que los mejores víveres que quedan se destinen á los soldados y oficiales heridos, lo cual me parece muy bien dispuesto, porque ellos lo merecen todo. Esta mañana estaba repartiéndoles la comida. ¡Si vieras qué perniles, qué alones, qué pechugas había allí! Tuve intenciones de escurrir bonitamente una mano por entre los platos y pescar un muslo de gallina, para metérmelo con disimulo en el bolsillo de la chupa y traérselo á mi hija. Estuve luchando un largo rato entre el afán que me dominaba y mi conciencia, y al fin, elevando el pensamiento, y diciendo: «Señor, perdóname lo que voy á hacer,» me decidí á cometer el hurto. Alargué los dedos temblorosos, toqué el plato, y al sentir el contacto de la carne, la conciencia me dió un fuerte grito y aparté la mano; pero se me representó el estado lastimoso de mi niña y volví á las andadas. Ya tenía entre las garras el muslo, cuando un oficial herido me vió. Al punto sentí que la sangre se me subía á la cara, y solté la presa diciendo: «Señor oficial, no queda duda que esa carne es excelente y que la pueden ustedes comer sin escrúpulo...» Me vine á casa con la conciencia tranquila, pero con las manos vacías. Y hablando de otra cosa, amigo Andrés, dicen que al fin se tendrá que rendir Montjuich.

—Así parece, Sr. D. Pablo. El Gobernador ha ofrecido premios y-grados á los seiscientos hombres de D. Guillermo Nash; pero con todo, parece que no pueden resistir más tiempo. Los que hay dentro del castillo ya no son hombres, pues ninguno ha quedado entero; y si se sostienen una semana, es preciso creer que San Narciso hace hoy un milagro más prodigioso que el de las moscas, ocurrido seiscientos años há.

—Esta mañana me dijeron que los del castillo no están ya para fiestas; pero que el Gobernador Sr. Alvarez les manda resistir y más resistir, como si fueran de hierro los pobres hombres. Diez y nueve baterías han levantado los franceses contra aquella fortaleza... con que figúrate el sinnúmero de confites que habrá llovido sobre la gente de D. Guillermo Nash.

—No necesito figurármelo, Sr. D. Pablo—repuse,—que todo eso lo tengo más que visto, pues la Torre Gironella, donde yo estoy, no tiene ninguna varita de virtudes para impedir que las bombas caigan sobre ella.»

La enferma, levantándose de su asiento sin ser sentida, se acercó á nosotros.

«Hija mía—le dijo Nomdedeu con sorpresa y cariño, á pesar de la certeza de no ser oído,—tu disposición á andar me prueba que estás mucho mejor. Unos cuantos paseos por las afueras de la ciudad te pondrán como nueva. ¡Ay, Andrés!—añadió dirigiéndose á mí,—daría diez años de mi vida por poder dar diez pasos con mi hija por el camino de Salt. Por es-

pacio de muchos meses ha permanecido en una postración lastimosa, y ahora su naturaleza, sintiéndose renacer, busca el movimiento y quiere sacudir la mortal somnolencia.»

Josefina recorría la habitación con paso ligero, y sus mejillas se tuvieron de levisimo carmín.

«¡Oh, qué alegrías!—exclamó D. Pablo.—En todo un año no has andado tanto como en estos tres minutos. Mira, Andrés, cómo se le colorea el semblante. La sangre circula, los miembros adquieren soltura y brío, la apagada pupila brilla con nuevo ardor, y una respiración cadenciosa y enérgica sale del oprimido pecho.»

Diciendo esto, mi amigo abrazó y besó á su hija con entusiasmo.

«Aquí tienes, insigne Marijuán—prosiguió con júbilo,—el resultado de mi sistema. Todos decían: «El Sr. D. Pablo Nomdedeu, que es tan buen médico, no curará á su hija.» Y yo digo: «Sí, majaderos: el Sr. D. Pablo Nomdedeu, que es un mal médico, curará á su hija.» Mi hija está mejor, mi hija está buena, y con unos cuantos meses de temporada en Castellá...»

La enferma, en efecto, manifestaba alguna animación. Al ver las demostraciones de su padre, hizo y repitió enérgicos signos que no entendí. La falta de oído habíale quitado el hábito de expresarse por la palabra, adquiriendo con esto insensiblemente la rápida movilidad facial y manual de los sordo-mudos. Sólo en casos de apuro y cuando no era comprendida,

recurría instintivamente á poner en acción la lengua, exprimiendo las ideas con cierta obscuridad, y siempre con rapidez y escasa armonía.

«Quiero vestirme,—dijo agitando el guardapiés.

—¿Para qué, hija?

—¿No vamos esta tarde á Castellá? En el patio dos caballos... los he visto.»

Nomdedeu hizo con la cabeza dolorosos signos negativos.

«Esos caballos—me dijo,—son el mío y el del vecino D. Marcos, que van al Matadero.»

Josefina corrió á la ventana que daba al patio, volviendo luego á nuestro lado.

«¡Quiero salir... calle!—exclamó con vehemencia.

—Hija mía—dijo D. Pablo asociando los signos á la palabra,—ya sabes que ha llovido. Están los pisos llenos de fango. No te sentará bien. Toma mi brazo y demos unos cuantos paseos de la sala á la cocina y de la cocina á la sala.»

Josefina mostró inmenso fastidio, y miró á la calle con desconsuelo.

«Aquí tienes un gran compromiso,» me dijo el doctor tirándose de un mechón de cabellos.

La desgraciada niña, mirando al cielo al través de los vidrios, exclamó:

«¡Qué precioso... el cielo!

—Es verdad—repuso el padre.—Pero... más vale que te sientes en tu silloncito. ¿Por qué no tomas alguna cosa? Mira... uno de estos bollitos.»

Josefina corrió á su asiento y dejóse caer en él, apartando con repugnancia las golosinas que le ofrecía su padre. Luego movió la cabeza á un lado y otro cerrando los ojos, y pronunciando estas palabras que caían sobre el corazón del padre como bombas en plaza sitiada:

«¡Guerra en Gerona!... ¡Otra vez guerra en Gerona!»

Nomdedeu, sin atreverse á contradecirla, habíase sentado junto á ella, y con la cabeza entre las manos lloraba como un chiquillo.

IV

Rindióse Montjuich á los dos días de ocurrir lo que llevo referido. ¿Qué podían hacer aquellos cuatrocientos hombres que habían sido novecientos y ya caminaban á no ser ninguno? El 12 de Agosto la guarnición del castillo se componía de unos trescientos ó cuatrocientos hombres, sin piernas los unos, sin brazos los otros. Montjuich era un montón de muertos, y lo más raro del caso es que Alvarez se empeñaba en que aún podía defenderse. Quería que todos fuesen como él, es decir, un hombre para atacar y una estatua para sufrir; mas no podía ser así, porque de la pasta de D. Mariano Dios había hecho á D. Mariano, y después dijo: «Basta, ya no haremos más.»

Se rindió el castillo después de clavar los pocos cañones que quedaron útiles, y por la tarde de aquel día vimos desfilar á la que había sido guarnición, marchando la mayor parte al hospital. Todos quisimos ver á Luciano Anció, el tambor que, después de haber perdido una pierna entera y verdadera, siguió mucho tiempo señalando con redobles la salida de las bombas; pero Luciano Anció había muerto sacudiendo el parche mientras tuvo los brazos pegados al cuerpo. Daba lástima ver á aquella gente, y yo le dije á Siseta, que había ido con los tres chicos á la Plaza de San Pedro:

«Como estos medios hombres estaré yo dentro de poco, Siseta, porque ya que acabaron con Montjuich, ahora la van á emprender con la torre Gironella, cuyas murallas no se han caído ya... por punto.»

Los franceses no esperaron al día siguiente para combatir la ciudad, que se les venía á la mano, una vez que tenían la gran fortaleza, y desde la misma noche empezaron á levantar baterías por todos lados. Tanta prisa se dieron, que en pocos días alcanzamos á ver muchísimas bocas de fuego por arriba, por abajo, por la montaña y por el llano, contra la muralla de San Cristóbal y Puerta de Francia. El Gobernador, que harto conocía la flaqueza de aquellas murallas de mazapán, dispuso que se ejecutaran obras como las de Zaragoza: cortaduras por todos lados, parapetos, zanjás y espaldones de tierra en los puntos más débiles.

Las mujeres y los ancianos trabajaron en esto, y yo me llevé á la Plaza de San Pedro á mis tres chiquillos, que metían mucho ruido sin hacer nada. Por la noche regresaron á su casa completamente perdidos de suciedad, y con los vestidos hechos jirones.

«Aquí te traigo estos tres caballeros—dije á Siseta,—para que los repases.»

Ella se enojó viéndoles tan derrotados, y quiso pegarles; pero yo la contuve diciendo:

«Si han ido al trabajo, fué porque así lo ordenó el Gobernador D. Mariano Alvarez de Castro. Son los tres muy buencs patriotas, y si no es por ellos, creo que no se hubiera acabado hoy la cortadura que cierra el paso de la calle de la Barca. ¿Ves? Esa arroba de fango que tiene Gasparó en la cabeza, es porque quiso también meter sus manos en harina, y subiendo al parapeto, rodó después hasta el fondo de la zanja, de donde le sacaron con una azada.»

Siseta al oír esto empezó á solfearle en cierta parte, encareciéndole con enérgicas palabras la conveniencia de que no tomase parte en las obras de fortificación.

«¿Ves este verdugón que tiene Manalet en el carrillo y en la sien derecha?—proseguí, librando á Gasparó de las injusticias de su hermana.—Pues fué porque se acercó demasiado al Gobernador cuando éste iba con el Intendente y toda la plana mayor á examinar las obras. Estas criaturitas, no contentas con verle de cerca, se metían en el corrillo, enredándose entre las piernas de D. Mariano en tér-

minos que no le dejaban andar. Un ayudante les espantaba; pero volvían como las moscas de San Narciso, hasta que al fin, cansados del juego, los oficiales empezaron á repartir bofetones, y uno de ellos le cayó en la cara á tu hermano Manalet.

—¡Ay, qué chicos éstos!—exclamó Siseta.—Todos desean que se acabe el sitio para poder vivir, y yo quiero que se acabe para que haya escuela.»

Entre tanto, los tres patriotas volvían á todas partes sus ardientes ojos, en cuya pupila resplandecía el rayo de una vigorosa y exigente vida; miraban á su hermana y me miraban á mí, atendiendo principalmente á los movimientos de mis manos, por ver si me las llevaba á los bolsillos.

«Siseta—dije,—¿no hay nada que comer? Mira que estos tres capitanes generales me quieren tragar con los ojos. Y verdaderamente, ¿cómo han de servir á la patria si no se les pone algún peso en el cuerpo?»

—No hay nada—dijo la muchacha, suspirando tristemente.—Se ha concluído lo que tú trajiste la semana pasada, y hace dos días que la señora Sumta no me da ni una miga porque parece que arriba faltan también las provisiones. ¿Nos traes algo esta noche?»

Por única respuesta, fijé la vista en el suelo, y durante largo rato guardamos todos profundo silencio, sin atrevernos á mirarnos. Yo no llevaba nada.

«Siseta—dije al fin.—La verdad, hoy no he traído cosa alguna. Sabes que no nos dan más

que media ración, y yo había tomado adelantadas dos ó tres diciendo que eran para un enfermo. Esta mañana me dió un compañero un pedazo de pan... ¿y para qué negártelo?... tenía tanta hambre que me lo comí.»

Felizmente para todos, bajó la señora Sumta, trayendo algunos mendrugos de pan y otros restos de comida.

VII

Así pasaban días y días, y á los males ocasionados por el sitio, se unió el rigor de la calurosa estación para hacernos más penosa la vida. Ocupados todos en la defensa, nadie se cuidaba de los inmundos albañales que se formaban en las calles, ni de los escombros, entre cuyas piedras yacían olvidados cadáveres de hombres y animales; ni por lo general, la creciente escasez de víveres preocupaba los ánimos más que en el momento presente. Todos los días se esperaba el anhelado socorro, y el socorro no venía. Llegaban, sí, algunos hombres, que de noche y con grandes dificultades se escurrían dentro de la plaza; pero ningún convoy de vituallas apareció en todo el mes de Agosto. ¡Qué mes, Santo Dios! Nuestra vida giraba sobre un eje cuyos polos eran batirse y no comer. En las murallas era preciso estar constantemente hacien-

do fuego, porque la escasez de la guarnición no permitía relevos, además de que el Gobernador, como enemigo del descanso, no nos dejaba descabezar un mal sueño. Allí no dormían sino los muertos.

Este continuado trabajo hizo que durante aquel mes aciago estuviese hasta ocho días sin ver á mis queridos niños y á Siseta, los cuales me juzgaron muerto. Cuando al fin les ví, casi les fué difícil reconocermé en el primer instante: tal era mi extenuación y decaimiento á causa de las grandes vigiliás, del hambre y el continuo bregar.

«Siseta—le dije abrazándola,—todavía estoy vivo aunque no lo parezca. Cuando recuerdo el enorme número de compañeros míos que han caído para no volverse á levantar, me parece que mi pobre cuerpo está también entre los suyos, y que esto que va conmigo es un fantasma que dará miedo á la gente. ¿Cómo va por aquí de alimentos?»

—Con el dinero que me quedaba de lo que tú me diste, hemos comprado alguna carne de caballo. Algo nos envían de arriba, porque la señorita enferma no quiere comer de estos platos que ahora se usan. El Sr. Nomedeu parará en loco, según yo veo, y ayer estuvo aquí todo el día rellenando de paja dos pieles de gallina, con lo cual hace creer á su hija que ha recibido aves frescas de la plaza. Después le da carne de caballo, y echándole discursos escritos le hace comer unas tajaditas. La señora Sumta salió ayer con su fusil, y volvió diciendo que había ma-

tado no sé cuántos franceses. Los tres chicos no me han dejado respirar en estos ocho días. ¿Querrás creer que ayer se subieron al tejado de la catedral, donde están los dos cañones que mandó poner el Gobernador? Yo no sé por dónde subieron; mas creo que fué por los techos del claustro. Lo que no creerás es que Manalet vino ayer muy orgulloso porque le había rozado una bala el brazo derecho, haciéndole una regular herida, por lo cual traía un papel pegado con saliva encima de la rozadura. Badoret cojea de un pie. Yo quiero detener al pequeño; pero siempre se escapa, marchándose con sus hermanos, y ayer trajo un pedazo de bomba como media taza, llena de granos de arroz que recogió en medio del arroyo... Y tú ¿qué has oído? ¿Es cierto que vienen socorros por la parte de Olot? El señor Nomdedeu no piensa más que en esto, y por las noches, cuando siente algún ruido en las calles, se levanta, y asomándose por el ventanillo del patio, dice: «Vecinita, esa gente que pasa me parece que ha hablado de socorro.»

—Lo que yo te puedo decir, Siseta, es que esta madrugada saldrá alguna tropa de aquí por la ermita de los Angeles, y se dice que va á entretener á los franceses por un lado mientras el convoy entra por otro.

—Dios quiera que salga bien.»

Esto decíamos, cuando se sintió fuerte ruido de voces en la calle. Abrí al punto la puerta, y no tardé en encontrar algunos compañeros que, alojados en las casas inmediatas, sa-

lieron al oír el estruendo de carreras y voces. La señora Sumta se presentó también á mi vista, fusil al hombro, y con rostro tan placentero cual si viniese de una fiesta.

«Ya tenemos ahí los socorros,» dijo la guerrera, descansando en tierra el fusil con marcial abandono.

Al punto apareció en la ventana alta el busto del Sr. Nomdedeu, quien sin poder contener su alegría, gritaba:

«¡Ya ha llegado el socorro! ¡Albricias, pueblo gerundense! Señora Sumta, suba usted á informarme de todo. ¿Pero ha entrado ya el convoy? Traiga usted inmediatamente todo lo que encuentre, á cualquier precio que lo vendan.»

Un soldado, amigo y compañero mío, nos dijo:

«Todavía no ha entrado el convoy en la plaza, ni sabemos cuándo ni por dónde entrará.»

—Lo cierto es que hacia el lado de Bruñolas se siente un vivo fuego, señal de que por allí D. Enrique O'Donnell se está batiendo con los franceses.

—También se oye tiroteo por los Angeles, donde dicen que está Llauder. El convoy entrará por el Mercadal, si no me engaño.

—Señora Sumta—dijo D. Pablo desde la ventana,—suba usted á acompañar á mi hija mientras yo voy á enterarme de lo que ocurre; pero deje usted fuera esos arreos militares, y póngase el delantal y la escofieta. Entre tanto, encienda el fuego, ponga agua en

los pucheros, que si usted va por los víveres, yo mondaré luego las seis patatas que compré hoy, y haré todo lo demás que sea preciso en la cocina.»

Estas conferencias no se prolongaron mucho tiempo, porque tocaron llamada y corrimos á la muralla, donde tuvimos la indecible satisfacción de oír el vivo fuego de los franceses, atacados de improviso á retaguardia por las tropas de O'Donnell y de Llauder. Para ayudar á los que venían á socorrernos se dispararon todas las piezas, se hizo un vivo fuego de fusilería desde todas las murallas, y por diversos puntos salimos á hostigar á los sitiadores, facilitando así la entrada del convoy. Por último, mientras hacia Bruñolas se empeñaba un recio combate en que los franceses llevaron la peor parte, por Salt penetraron rápidamente dos mil acémilas, custodiadas por cuatro mil hombres á las órdenes del General D. Jaime García Conde.

¡Qué inmensa alegría! ¡Qué frenesí produjo en los habitantes de Gerona la llegada del socorro! Todo el pueblo salió á la calle al rayar el día para ver las mulas, y si hubieran sido seres inteligentes aquellos cuadrúpedos, no se les habría recibido con más cariñosas demostraciones, ni con tan generosa salva de aplausos y vítores. Al pasar por la calle de Cort-Real, ya entrado el día, encontré á Siseta, á los tres chicos y á D. Pablo Nomdedeu, y todos nos abrazamos, comunicándonos nuestro gozo más con gestos que con palabras.

«Gerona se ha salvado,—decíamos.

—Ahora que aprieten los *cerdos* el cerco— exclamó D. Pablo.—¡Dos mil acémilas! Tenemos víveres para un año.

—Bien decía yo—añadió Siseta,—que por alguna parte había de venir.»

Aquel día y los siguientes reinó en la plaza gran satisfacción, y hasta nos hostilizaron flojamente los franceses, porque detuviéronse algunos días en ocupar las posiciones que habían abandonado á causa de la jugarreta que se les hizo. En cuanto á los auxilios, pasada la impresión del primer instante, todos caímos en la cuenta de que los mismos que nos los habían traído nos los quitarían, porque reforzada la guarnición con los cuatro mil hombres de Conde, éstos nos ayudaban á consumir los víveres. ¡Funesto dilema de todas las plazas sitiadas! Pocas bocas para comer dan pocos brazos para pelear. Gran número de brazos trae gran número de bocas: de modo que si somos pocos nos vence el arte enemigo; si somos muchos nos vence el hambre. Sobre esta contradicción se funda verdaderamente todo el arte militar de los sitios.

Así se lo decía yo á D. Pablo pocos días después de la llegada de las dos mil acémilas, anunciándole que bien pronto nos quedaríamos otra vez en ayunas, á lo cual me contestó:

«Yo he hecho grandes provisiones. Pero si el sitio se prolonga mucho, también se me concluirán. Ahora, según dicen, Alvarez hará un gran esfuerzo para quitarnos de encima esa canalla. Ya sabes que á fuerza de caño-

nazos han abierto brecha en Santa Lucía, en Alemanes y en San Cristóbal. De un día á otro intentarán el asalto. ¿Se podrá resistir, Andrés? Yo iré á la brecha como todos. Pero ¿qué podremos hacer nosotros, infelices paisanos, contra las embestidas de tan fiero enemigo?»

Desde aquellos días hasta el 15 de Septiembre, en que D. Mariano dispuso una salida atrevidísima, no se habló más que de los preparativos para el gran esfuerzo, y los frailes, las mujeres y hasta los chicos hablaban de las hazañas que pensaban realizar, peligros que soportar y dificultades que acometer, con tan febril inquietud y novelería como si aguardasen una fiesta. Yo le dije á Siseta que se dispusiera á tomar parte con las de su sexo en la gran función; pero ella, que siempre se negó á calzar el coturno de las acciones heroicas, me contestó con risas y bromas que no servía para el caso; pero que si por fuerza la llevaban á la batalla, haría la prueba de matar algún francés con las tenazas de la herrería.

La salida del 15 no dió otro resultado que envalentonar á los señores *cerdos*, los cuales, deseosos de poner fin al cerco tomando la ciudad, se nos echaron encima el día 19, asaltando la muralla por distintos puntos con cuatro formidables columnas de á dos mil hombres. En Gerona fueron tan grandes aquella mañana el entusiasmo y la ansiedad, que hasta nos olvidamos de que nuevamente nos faltaba un pedazo de pan que llevar á la boca.

Los soldados conservaban su actitud serena

é imperturbable; pero en los paisanos se advertía una alucinación, algo como embriaguez, que no era natural antes del triunfo. Los frailes, echándose en grupos fuera de sus conventos, iban á pedir que se les señalase el puesto de mayor peligro; los señores graves de la ciudad, entre los cuales los había que databan del segundo tercio del siglo anterior, también discurrían de aquí para allí con sus escopetas de caza, y revelaban en sus animados semblantes la presuntuosa creencia de que ellos lo iban á hacer todo. Menos bulliciosos y más razonables que éstos, los individuos de la Cruzada gerundense hacían todo lo posible para imitar en su reposada ecuanimidad á la tropa. Las damas del batallón de Santa Bárbara no se daban punto de reposo, anhelando probar con sus incansables idas y venidas que eran el alma de la defensa; los chicos gritaban, creyendo que de este modo se parecían á los hombres, y los viejos, muy viejos, que fueron eliminados de la defensa por el Gobernador, movían la cabeza con incrédula y desdénosa expresión, dando á entender que nada podría hacerse sin ellos.

Las monjas abrían de par en par las puertas de sus conventos, rompiendo á un tiempo rejas y votos; disponían para recoger á los heridos sus virginales celdas, jamás holladas por planta de varón, y algunas salían en falanjes á la calle, presentándose al Gobernador para ofrecerle sus servicios, una vez que el interés nacional había alterado pasajeramente los rigores del santo instituto. Dentro de las iglesias

ardían mil velas delante de mil santos; mas no había oficios de ninguna clase, porque los sacerdotes, lo mismo que los sacristanes, estaban en la muralla. Toda la vida, en suma, desde lo religioso hasta lo doméstico, estaba alterada, y la ciudad no era la ciudad de otros días. Ninguna cocina humeaba, ningún molino molía, ningún taller funcionaba, y la interrupción de lo ordinario era completa en toda la línea social, desde lo más alto á lo más bajo.

Lo extraño era que no hubiese confusión en aquel desbordamiento espontáneo del civismo gerundense; pues al par de éste, brillaba la subordinación. En verdad que D. Mariano sabía establecerla rigurosísima, y no permitía desmanes ni atropellos de ninguna clase, siendo inexorablemente enérgico contra todo aquél que sacara el pie fuera del puesto que se le había marcado.

Las campanas tocaban á somatén, ocupándose en el servicio los chicos del pueblo, por ausencia de los campaneros, y el cañón francés empezó desde muy temprano á ensordecer el aire. Los tambores recorrían las calles repicando su belicosa música, y los resplandores de los fuegos parabólicos comenzaron á cruzar el cielo. Todo estaba perfectamente organizado, y cada uno fué derecho á su sitio, no necesitando preguntar á nadie cuál era. Sin que sus habitantes salieran de ella, la ciudad quedó abandonada, quiero decir, que ninguno se cuidaba de la casa que ardía, del techo desplomado, de los hogares á cada instante destruidos por el horrible bombardeo. Las ma-

dres llevaban consigo á los niños de pecho, dejándolos al abrigo de una tapia ó de un montón de escombros, mientras desempeñaban la comisión que el instituto de Santa Bárbara les encomendara. Menos aquéllas en que había algún enfermo, todas las casas estaban desiertas, y muebles y colchones, trapos y calderos en revuelto hacinamiento obstruían las Plazas del Aceite y del Vino.

VIII

Yo estaba en Santa Lucía, donde había mucha tropa y paisanos. Allí me encontré á D. Pablo Nomdedeu, que me dijo:

«Andrés, mis funciones de médico y mi deber de patriota me obligan á apartarme hoy de mi hija. Mucho he sermoneado á la señora Sumta para que se quedara en casa; pero ese marimacho me amenazó con denunciarme al Gobernador como patriota tibio si persistía en apartarla de la senda de gloria por donde la llevan los acontecimientos. Mírala: ahí está entre aquellos artilleros, y será capaz de servir sola el cañón de á 12 si la dejan. La buena Siseta se ha quedado acompañando á mi querida enfermita. Ya le he dicho que le haré un buen regalo si consigue entretener á la niña, de modo que ésta no comprenda nada de lo que pasa. Es cosa difícil, á pesar de que ne